

HOMILÍA DE MONS. ZORNOZA EN LA SOLEMNIDAD DE LA SAGRADA FAMILIA 2019,

Eclo 3,3-7.14-17a; Sal 127, 1-2. 3. 4-5; Col 3, 12-21; Mt 2,13-15. 19-23

S. A. I. Catedral de Cádiz, a 29 de diciembre de 2019

Este segundo domingo dentro de la Navidad es un eco de la misma celebración de la Natividad del Señor, porque nos muestra a Dios que se hace hombre. Dios entra en la familia humana. Esto ya es significativo y por eso la Iglesia recuerda a las familias y titula nuestra celebración de este día como el día de la Sagrada Familia.

La Sagrada Familia es siempre un ejemplo para nosotros, pero cuando nos encontramos con ella vemos como la nuestra es muy distinta. En ninguna casa San José es el padre, María la madre y mucho menos el Hijo de Dios cualquiera de los niños. Más bien con serias dificultades hemos de trabajar por parecernos más a ellos.

Pero mucho más allá de buscar consecuencias morales- que las hay y muy justas- para parecernos nosotros a esta familia santa de Nazaret, hay antes un principio que cambia realmente nuestras relaciones, y éste es que precisamente Dios se hace familia nuestra, y cambia la vida de los hombres. Dios hace nuevas todas las cosas. Realmente Jesús hace nuevas todas las cosas: lo vemos en sus palabras, acciones, milagros, en la Última Cena, su muerte y su resurrección, la venida del Espíritu Santo, la eucaristía... Y nosotros, al encontrarnos con Él, que forma parte no solamente de una familia humana, sino de nuestra familia, nos convierte en miembros de su propia familia, la familia de los hijos de Dios, y dirá: "«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Luego, mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre». (Mc 3, 35). Dios ha establecido una familia con unos lazos a través de la fe, la caridad, la gracia de la vida cristiana, que son tan profundos o más incluso que los lazos de la carne y la sangre. En el encuentro con Jesús nuestras vidas quedan tocadas. Y el Señor, viviendo en una familia, nos muestra un camino para vivir la vida, y una revelación, manifestando nuestras auténticas posibilidades, como familia y en nuestra naturaleza como hombres.

Si os dais cuenta el Evangelio que hemos escuchado es singular, primero porque es de los pocos momentos que conservan los evangelios de lo que sería el principio de la familia de Jesús. Además, nos traslada a un episodio realmente singular, como es su huida a Egipto, debido a la persecución de Herodes. Y cómo tras la muerte de éste, regresan por aquella revelación de Dios a San José.

Pero hay algo en lo profundo de este acontecimiento que salta a la vista y que para nosotros es muy necesario comprender. Podríamos decir que la vida de esta familia está decidida por la presencia de Dios, y por hacer siempre la voluntad de Dios. Mucho más allá de que podamos descubrir el valor de la convivencia, de la mansedumbre, de la paciencia, de la caridad, en la base de todo está hacer la voluntad de Dios. Existe la familia cristiana cuando se pone a Cristo en el centro. La Sagrada Familia orienta a

nuestras familias cuando nosotros reproducimos en ellas ese tejer la vida en la compañía de Dios, dejar que Él sea el que vaya mostrando los caminos, dóciles ante Él y su presencia, hacer y amar la voluntad de Dios, intentar continuamente buscar lo que Dios quiere de nosotros.

Las palabras que hemos escuchado de San Pablo a los Colosenses son una exhortación moral: les habla de ser pacientes unos con otros, de escucharse, comprenderse... Pero tampoco lo más importante son esos conceptos morales. San Pablo está estableciendo un principio, algo previo también en este caso: que Cristo sea el árbitro de la manera de actuar, que la paz de Cristo reine en los corazones de aquella comunidad. Es decir, que somos familia cristiana cuando nos comprendemos, perdonamos, dialogamos - evidentemente son valores evangélicos y podríamos decirlo así- pero si nos falta nuestra referencia a Cristo para comprender, perdonar, dialogar... esta familia no está enraizada en lo que realmente le va a caracterizar como una familia cristiana.

Por eso yo creo que hoy Dios nos habla en esta celebración para que le respondamos: haz Tú Señor nuevas todas las cosas; ¡como las has hecho!; haz nueva la vida de los hombres, entra en mi vida, en la vida de mi familia, y como no, entra en la vida de las familias del mundo. Porque en esta circunstancia de la historia se puede decir, a diferencia de otras muchas, que el hombre está en acuciante peligro, y que el camino de recuperar el sentido y el obrar del hombre, que pone en juego su propia felicidad, es la familia. En el momento en el que una cultura como la nuestra pierde el sentido que está inscrito en la misma naturaleza del amor, pierde el deseo de amar con compromiso y entrega, desvirtúa lo que es el amor humano muchas veces reducido a sentimentalismo, donde queda fuera la entrega que busca el bien mutuo, el respeto a la persona. Incluso la naturaleza humana queda en cuestión. La Iglesia ha dicho en estos últimos pontificados que vivimos en una auténtica crisis antropológica. El hombre ya no se entiende a sí mismo, no entiende para qué está en la vida, el sentido de su existencia, para qué sirve su capacidad de amar y cómo debe ser su amor. Lógicamente su razón le exige buscar el bien y el amor. Intenta de cualquier forma ser amado incluso antes que amar -aunque su felicidad y su recuperación como hombre le vendrá más por amar que por ser amado-. De hecho, no puede prescindir de ese impulso que Dios ha puesto de nosotros por el que somos imagen y semejanza suya. Pero sí que puede equivocarse su camino. Y sí que puede encerrarse en su propio egoísmo que pervierte su capacidad de amor y le impide la entrega a los demás, o no ser consecuente, o dejarse llevar por cantos de sirena de unas ideologías tremendamente opresoras que intentan colonizar el pensamiento del ser humano, como la ideología de género, o el transhumanismo, que ve y promete un futuro del hombre injertando la robótica en nuestra propia naturaleza, prescindiendo de nuestra libertad.

¿Qué nos pide la Iglesia, qué nos recomienda este año precisamente la Iglesia a las familias, a los cristianos y a todo hombre de buena voluntad? Recuperar nuestra identidad. Ésta se encuentra si se vive la gracia de Dios que hace nueva todas las cosas. Ahí se encuentra la naturaleza humana, dinamizada para amar con un amor verdadero, consecuente, capaz de ubicar sus sentimientos, su inteligencia y muy especialmente su voluntad, no dejándolo todo a la ley del deseo, sino entrando en la experiencia donde se puede vivir la reciprocidad del amor, aprender a amar, a todos pero también para

seguir el impulso natural de la vocación del hombre y de la mujer, que es, en el amor construir una vida que será fecunda, que dará plenitud, que promoverá la exigencia en la propia vocación, también en relación con los otros -es la dimensión social y solidaria de la familia-, que nos hará capaces de hacer del mundo una gran familia. Ésta es la tarea que nos pide Dios, siendo sus colaboradores.

Pidamos al Señor hoy por nuestras familias y por nuestra sociedad. Pidámosle por nosotros mismos, para que vivamos profundamente la caridad, esa naturaleza que Dios nos ha dado para poder vivir la vida como una aventura en el amor, dando lo mejor de nosotros mismos para encontrar plenitud y si lo hacemos en la vida de Dios, en la gracia, encontrar recompensa eterna.

Hoy hay que recordar especialmente a todos los que viven en dificultades familiares, a los que viven conflictos, a las familias rotas, destruidas. Hoy hay que recordar a nuestros mayores, que han entregado su vida siempre en el entorno de la familia dejando lo mejor de sí mismos, por lo cual tenemos que estar agradecidos, y a los que tenemos que, como nos decía la Primera Lectura, cuidar, honrar, respetar. Tenemos que pedir por los jóvenes, para que sepan vivir el noviazgo como esa preparación a una vocación en el amor recíproco que llena el corazón. Tenemos que pedir por los niños, para que descubran desde ya el camino nuevo de la amistad con Jesús, que nos renueva a nosotros también, para hacernos amantes y servidores de los demás. Y por esta sociedad, que en la medida en que se aparta de Dios y del sentido de su existencia, le cuesta tanto amar y descubrir el amor. Que el Señor, que se ha hecho hombre y miembro de una familia, nos conceda esta gracia, y que nosotros, todos los cristianos, en nuestras familias, y muy especialmente los matrimonios, sean levadura en medio de la masa, luz en medio de la oscuridad y como un foco donde todo el que esté perdido pueda encontrar el camino de la vida. Que así sea.